

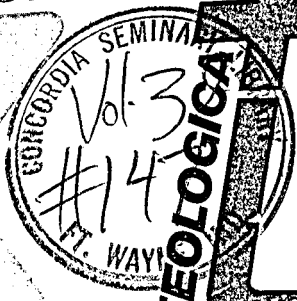
TEOLOGICA

MAY 05 1994

TEOLOGICA

Red

TEOLOGICA REVISTA



#147

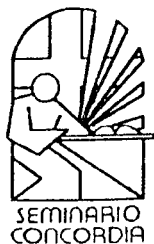
TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA



Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA

145562

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. Buenos Aires, Argentina

Año 39 - N° 147

Enero a Abril de 1994.

Editor Responsable

EDGAR A KROEGER

Redacción

Cuerpo Docente del
Seminario Concordia

CLAUDIO L. FLOR

JORGE E. GROH

ANTONIO SCHIMPF

Colabora en este número:

ERICO SEXAUER

RT

INDICE

Editorial:

PAZ A VOSOTROS.

Edgar Kroeger..... pág. 1

AGGIORNAMENTO DE LA IGLESIA.

¿Solución o ilusión?

Erico Sexauer, trad. pág. 3

"AMOR"/"SEXUALIDAD"

Una ayuda (también) para cristianos.

Erico Sexauer, trad. pág. 15

PRINCIPIOS HERMENÉUTICOS

LUTERANOS. Recop. y adapt..... pág. 22

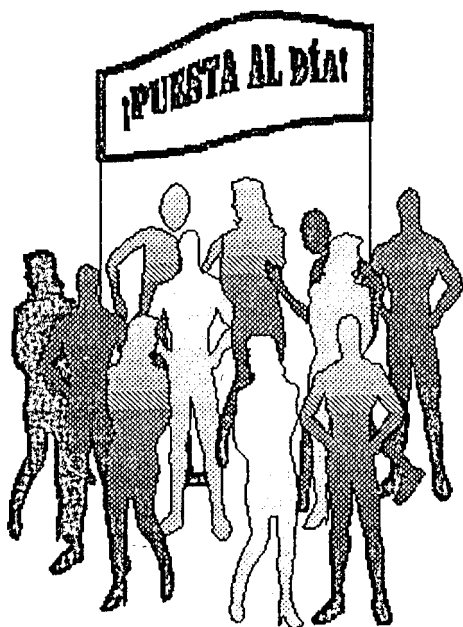
DE LA MANO CON ÉL.

Claudio Flor pág. 25

AGGIORNAMENTO

DE

LA



I
GLESIA

¿Evolución o ilusión?

Título original en alemán: "Um die Integrationsfähigkeit der Kirche"

Autor: Dr. Hans-Lutz Poetsch, D.D.

Traducción: Dr. Erico Sexauer, D.D.

Con insistencia siempre mayor se le plantea a la iglesia el requerimiento de "ponerse al día".⁽¹⁾ Destinatario de tales requerimientos nada velados es, ante todo, el catolicismo romano. Lo que se cuestiona es no sólo el nombramiento de obispos y otros dignatarios eclesiásticos por parte del papa sin tomar en cuenta los expresos deseos y reclamos de las diócesis o entidades afectadas, sino también la postura oficial que la iglesia adopta frente a los problemas éticos de la actualidad.

No es de nuestra incumbencia inmiscuirnos en los asuntos internos de otra denominación. Sin embargo, la argumentación en torno al "aggiornamento" no está circunscripta al catolicismo romano, sino que se manifiesta también en el campo del protestantismo, incluso en iglesias reconocidamente confesionales.

Se hace énfasis, ante todo, en que el hombre moderno -a diferencia de generaciones anteriores- está muy poco dispuesto a creer a pie juntillas todo lo que dicen las "autoridades"; que por esta razón, se muestra crítico ante las directivas que le imparten, y desea ser escuchado cuando trata

de tomar alguna decisión; que principalmente los jóvenes de nuestros días, formados en el espíritu democrático, son muy reacios a acatar sumisos las disposiciones y órdenes provenientes de la iglesia. En círculos del protestantismo se señala que el Esclarecimiento del siglo XVIII constituye la línea divisoria en cuanto al concepto que el hombre tiene de sí mismo, línea divisoria que nadie puede ignorar, tampoco la iglesia. El ideario relacionado con el Esclarecimiento, dicen, era desconocido en tiempos de la Reforma, de modo que el saber y las Confesiones de aquella lejana época ya no pueden dar respuestas válidas a las preguntas de la sociedad moderna.

En suma: se sostiene que si las iglesias no se apresuran a acomodarse a los cambios que se han producido, tendrán que contar con que muchos de sus miembros les volverán las espaldas, en particular aquellos de nivel intelectual elevado. Pasaron los tiempos en que la pertenencia a una iglesia se consideraba un requisito poco menos que indispensable. Y por cierto, la iglesia no puede estar interesada en perder relevancia hasta el punto de que su voz ya no sea escuchada fuera de sus cuatro

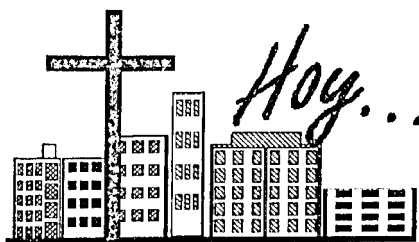
(1) AGGIORNAMENTO: Rel. Neologismo italiano, que puede traducirse con "puesta al día". En el ámbito religioso católico viene designando a partir de Juan XXIII, la renovación de sus estructuras que debe hacer la iglesia, ante las nuevas condiciones sociológicas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado Sopena, Ed. Ramón Sopena, S.A., Barcelona, 1986.

paredes.

Se ha podido comprobar que tales amenazas no dejan de surtir efecto, al menos en lo que al protestantismo se refiere. Las más de las instituciones eclesiásticas tendrán que admitir que su actitud frente a muchos de los cambios coyunturales es hoy día bastante más tolerante de lo que fue unos ochenta o cien años atrás, y que han abandonado posiciones que antes parecían estar más allá de toda discusión, no sólo en materia de ética, sino también en materia de dogmática. ¿Por qué se preguntan las iglesias de pronto se muestran reticentes cuando se espera de ellas que se sigan "abriendo al nuevo"? ¿Por qué se empeñan ahora en establecer un límite de tolerancia que antes parecía no existir?

Tales preguntas exigen respuestas. Y éstas no pueden consistir en un simple citar "tradiciones doctrinales" y cosas por el estilo. Hay que demostrar que se trata de factores vitales, esenciales, para la fe de los cristianos. Y esto es lo que intentamos hacer en los párrafos que siguen.



I

Es un error pensar que el Esclarecimiento, el cual supuestamente determinó en forma tan marcada el autoconcepto del hombre occidental, haya sido un fenómeno repentino de los siglos XVII y XVIII. Su línea de pensamiento -la del Esclarecimiento- se puede seguir hasta épocas bastante anteriores. En este contexto merece atención especial el Renacimiento. Verdad es que sus representantes, así como los de su pariente cercano, el Humanismo, por lo general no rompieron con las estructuras eclesiásticas existentes. Sin embargo, el concepto que tenían acerca de sí mismos y acerca de la vida se asemejaba en mucho a la del Esclarecimiento: el sentir del hombre de la Antigüedad como norma para el enfoque cultural propio (comp. la controversia de los Reuchlinistas) y para el estilo de vida individualista, el descubrimiento de la naturaleza y en conexión con ello, el desarrollo de las ciencias naturales, y finalmente, en algunos casos aislados, la negación de los principios éticos fijados por el cristianismo (comp. el Decamerone de Giovanni Boccaccio). La obra de Erasmo *De libero arbitrio* ya apunta directamente hacia lo que más tarde

se manifestaría en el
Esclarecimiento en forma de la
entronización de la razón humana
como autoridad última.

Al decir esto, no queremos
negar en modo alguno que el
Esclarecimiento haya sido un
fenómeno que, como muy pocos
otros, imprimió su sello en la
cosmovisión y autovisión del
hombre. No obstante, sus
categorías fundamentales ya eran
conocidas en tiempos de la
Reforma, y fueron combatidas con
tanta eficacia que permanecieron a
la sombra por espacio de siglos
-excepto, quizás, el constante
desarrollo de las ciencias naturales.
Sólo volvieron a la luz del día a
finales del siglo XVIII, una vez que
se hubo producido cierto cansancio
en las controversias confesionales
y el pietismo hubo trasladado el
centro de gravedad del cristianismo
al terreno de la "*fides qua creditur*":
"la fe con que se cree", i.e. la fe
personal, subjetiva (a diferencia de
la "*fides quae creditur*": "la fe que es
creída", i.e. la doctrina, las
Confesiones). Así, pues, los
Reformadores estaban muy bien al
tanto de los principales
cuestionamientos que más tarde
habría de formular el
Esclarecimiento, y los tomaron
ampliamente en consideración
-piénsese por ejemplo en el juicio
de Lutero acerca de "la Razón, esa
ramera", y su evaluación de la
filosofía. En vista de estos hechos
concretos, es insostenible la

aserción de que la Reforma no
pudo tener conocimiento de este
temario, y que por ende, no se
pronunció al respecto.

Aparte de todo esto, el
pensar del hombre occidental ya
no está determinado en forma tan
decisiva por los principios del
Esclarecimiento, cuyo optimismo
encuanto al mundo de la naturaleza
y de la cultura ha cedido el lugar
más bien a un creciente pesimismo.
Hoy día predomina mucho más el
elemento emocional, lo que se
evidencia en la notable
susceptibilidad a las ideologías de
diverso pelo, y en el hecho de que
un número siempre mayor de
nuestros contemporáneos se siente
atraído por la parapsicología, el
ocultismo y el reino de la magia. Y
esto vale no sólo respecto de su
sentir religioso; prueba patente es
la forma cómo ha ganado terreno el
movimiento de la "New Age".
También en el ámbito de la teología
tenemos que habérmola con
corrientes que ostentan una postura
manifiestamente negativa frente a
lo racional; las diversas "teologías
de la liberación" así como el
"feminismo" son ejemplos claros
de ello. No nos equivocamos al
decir que la devoción que el hombre
moderno rinde a la autoridad ha
adquirido formas que en modo
alguno caben dentro de los
esquemas del Esclarecimiento. Está
a la vista, empero, que dicha
devoción no tiene nada que ver con
el cristianismo; antes bien, viene a

ser un producto de la religiosidad del "hombre natural", y en consecuencia, fácilmente degenera en fanatismo.

Esto nos conduce al argumento de que el joven de la era actual tiene una formación democrática, razón por la cual se resiste a acatar sin más las órdenes que se le dan, provengan de donde fuere. No viene al caso insertar aquí una disquisición acerca de las diferentes exégesis que se hacen de los conceptos "democracia" y "democrático". Para expresarlo en forma positiva, puede decirse que se trata del conceder carta de ciudadanía al pluralismo de opiniones. Quien más quien menos ya tiene su propia opinión formada, y si se invocan las reglas de juego de la democracia, ello se hace para lograr reconocimiento para el punto de vista personal, y para lograr además que, en lo posible, ese punto de vista llegue a ser el de la mayoría. En todo caso, nuestras democracias se caracterizan más por las demostraciones y las manifestaciones tumultuosas que por un desapasionado intercambio de ideas. Hasta la discusión misma se ha convertido mayormente en un arma, muy hiriente por añadidura.

En un solo punto, el hombre moderno se da la mano con el Esclarecimiento: hoy como antes, se sostiene que la persona humana -sea como individuo o como

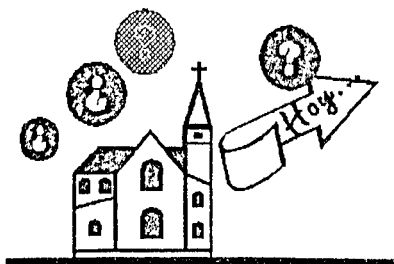
miembro de la sociedad- ocupa el lugar céntrico y constituye la medida y norma para todas las cosas. Sin embargo, este criterio es un rasgo típico no sólo del Esclarecimiento, sino de cualquier antropología secular. Íntimamente conectado con este criterio está, por una parte, el rechazo categórico de una actitud que adhiere sin crítica a lo que dice la "autoridad", y por la otra, la tendencia a cuestionar cualquier expresión o disposición. Por lo común, esta tendencia no sirve al propósito de formarse una opinión propia, sino de poner en tela de juicio todo aquello que no coincida con esa opinión propia. En términos generales, se puede decir que las iglesias protestantes aceptan de buen grado las observaciones críticas que se les hacen llegar. Depende, claro está, de la forma cómo les hacen llegar observaciones de este tipo. Si se intenta abrir paso a una opinión discrepante empleando medidas de fuerza, como lo son el hacer demostraciones, acallar a gritos al interlocutor o "recursos" similares, rara vez se logrará el objetivo deseado, aún cuando la crítica fuere justificada. Podemos citar como ejemplos ciertos simposios organizados por los medios de comunicación masiva: se invita a un número de fanáticos adversarios de la iglesia y a algunos teólogos de orientación ultra-modernista, sobre los que a veces incluso pesa la prohibición de ejercer su cargo por

parte de la iglesia respectiva, y además a uno o dos representantes eclesiásticos "conservadores", a los cuales se los pone en ridículo y se les tapa la boca. Con este triste espectáculo se quiere demostrar al gran público lo irremediabilmente divorciada de la realidad, provinciana, y en última instancia "impotente", que es la iglesia en las circunstancias actuales en que vivimos; y que esa iglesia, si es que quiere seguir siendo -por lo menos hasta cierto punto- un interlocutor válido, tendrá que acomodarse cuanto antes a la postura progresista de aquellos a quienes por ahora todavía mantiene alejados del poder, aunque con grandes esfuerzos.

No es más que lógico que en un clima tal, la pregunta acerca de la verdad se plantea de manera muy diferente. Un ejemplo: Cuando la ciencia comprobó que la 'vía dolorosa' que recorre el peregrino cristiano que hoy día visita la Ciudad Santa no es la vía original que recorrió Jesús, convenía proceder con cautela para no afectar las creencias de los cristianos con los 'resultados' de la ciencia. En buen romance: lo decisivo no son los hechos históricos; más importante es la piadosa opinión del presente. Desde un punto de vista, el hombre de ciencia podrá registrar con una ligera sonrisa las convicciones un tanto ingenuas de la gente, pero el respeto ante la fe de otros debiera inducirle a abstenerse

de exteriorizar críticas. No lo que en realidad sucedió, sino lo que se ha hecho con lo sucedido, es para el creyente el factor determinante. Con esto queda eliminada la relación bíblica entre fe y realidad histórica. La pregunta acerca de la verdad -en particular, acerca de la verdad salvadora- ya no tiene relevancia, máxime cuando tampoco la ciencia puede pretender que sus descubrimientos sean reconocidos como última palabra en la materia. Lo que se exige, pues, es "tolerancia democrática".

De aquí hay sólo un muy corto paso hasta la consciente manipulación de la historia como la suelen practicar las ideologías -desde el materialismo histórico del marxismo hasta el "Mito del siglo XX" de Alfredo Rosenberg o el feminismo-. Manipulación que incluso les sirve de base para su doctrina. Las consecuencias funestas que tuvo ese proceder para el individuo y para los pueblos las está palpando en carne propia con aterradora crudeza el hombre de nuestro siglo. Y si se sigue sosteniendo esta idea de la relación entre fe e historia, las perspectivas para una mejoría son nulas.



III

Es innegable que las iglesias se han ido tomando más tolerantes. Hasta en comunidades declaradamente confesionales, hoy día apenas se ejerce la disciplina doctrinal y eclesiástica; y cuando alguna vez se la aplica, ya debe tratarse de casos de gravedad extrema. Uno de los productos del ecumenismo moderno es el hecho de que ya no se da importancia a las diferencias en materia de doctrina que existen entre las denominaciones; y para los adherentes a escuelas teológicas liberales, las diferencias en materia de Confesiones son de interés histórico nada más. Pero si se considera cosa no esencial que una persona adore a Cristo como el Hijo de Dios o no, que acepte el evento de Pascua como un hecho concreto, o que niegue la existencia del Espíritu Santo como una Persona de la Trinidad divina, nadie debe asombrarse cuando se exige de las iglesias que hagan aún más concesiones a la religiosidad y autoconceptuación del hombre contemporáneo.

Pues bien, es triste tener que constatar que las más de las personas que en las estadísticas figuran como miembros de una iglesia tienen un conocimiento sólo

muy rudimentario, o ya no tienen ningún conocimiento, de estas verdades fundamentales de su fe, por lo que tampoco se sienten mayormente tocadas por las mismas. Distinto es el asunto cuando se trata de conceptos éticos. En cuanto a éstos, todavía se sabe o se siente que tal o cual manera de comportarse es incompatible con las leyes divinas. Por esto, es ante todo en estas áreas donde comienza el cuestionamiento. Por ejemplo, el hombre secularizado de los así llamados países de civilización avanzada ya no llega a entender la posición de la iglesia frente al sexto mandamiento. No sabe cómo catalogar la resistencia contra el aborto; y la interrelación, señalada en la Biblia, de culpabilidad y enfermedad es algo totalmente ajeno a su modo de pensar. De ahí resulta que un problema como lo es la homosexualidad, para este hombre moderno ya ha dejado de ser un problema. La mayoría de los miembros de la iglesia no tiene idea de lo que está ocurriendo en este terreno, y por ende, tampoco cuenta con la posibilidad de hacer frente a las corrientes de turno del espíritu de la época. Y así se crea la impresión de que las iglesias sustentan y defienden sin fundamento válido posiciones ya perimidas, demostrando así lo obsoleto que es todo su quehacer; de modo que debieran efectuar con suma urgencia una "puesta al día", acomodándose a lo que es la realidad del momento en que

vivimos.

Al analizar fenómenos de esta índole no se debe pasar por alto el hecho de que durante siglos, las iglesias se vieron confrontadas siempre de nuevo con la pregunta: ¿hasta qué punto se pueden hacer prevalecer los principios éticos básicos de la Biblia? De otra manera, las iglesias estatales, nacionales, o territoriales no habrían tenido posibilidad de subsistir. Y nadie podrá decir a ciencia cierta si en las iglesias llamadas "libres" o independientes, la disposición al *aggiornamento* era realmente un tema tan tabú -pese a que en estas iglesias las condiciones para llevar una vida de acuerdo con los principios bíblicos son mucho más favorables.

Esto a su vez nos demuestra que la estructura de una iglesia tiene no poca influencia sobre su relación con la ética bíblica, y con frecuencia también sobre su relación con los artículos de fe dados. Esta influencia se hace sentir ante todo en la *eclesiología*, pero también en la práctica de la administración de los sacramentos. No conduce a nada negar ese estado de cosas o tratar de buscarle justificativos. Si lo mencionamos aquí en conexión con el tema que nos ocupa, es porque así entenderemos mejor por qué la feligresía secularizada plantea la exigencia de que las iglesias se acomoden una vez más a las convenciones y condiciones

de la sociedad moderna. Lo sorprendente es que tales exigencias van dirigidas en medida mucho menor, o en ninguna medida, a las iglesias independientes; será porque éstas apenas tienen importancia para el público en general. Distinto es el asunto con las iglesias grandes, no sólo porque se las quiere enganchar en apoyo del pensamiento y comportamiento propios, sino también porque se tiene la convicción de que a dichas iglesias, por su historia y por su realidad actual, se las puede inducir más fácilmente a una postura abierta a compromisos.

Un problema especial surge con la opinión que tienen nuestros contemporáneos secularizados con respecto a la prédica de la iglesia de que el hombre es ante los ojos de Dios, un pecador. Después de que por espacio de siglos, una ideología tras otra le inculcó la idea de que el ser humano es básicamente bueno, y que su deterioro corre por cuenta del ambiente corrupto que lo rodea, francamente no sabe dónde meter las aserciones que la Biblia hace al respecto. Reconoce que es un ser imperfecto; reconoce haber fallado más de una vez; reconoce la existencia de una criminalidad que va en constante aumento; en cambio, lo que al parecer se escapa a su entendimiento es el alcance de lo que la Biblia expresa con el término "pecado". Pues como Dios no aparece en la imagen del mundo visto a través de las lentes de las

ciencias naturales, ¿qué grado de autoridad podrá asignársele? Por su parte, el código moral del hombre de nuestro ámbito cultural evidentemente está supeditado a lo que en su momento "decide" la sociedad. Agreguemos a esto lo que ya hemos señalado antes: que para muchos, los conceptos de culpa y justicia han quedado desplazados por los de "enfermedad" y "salud". Con esto virtualmente desaparece la responsabilidad personal con respecto al comportamiento culposo, y en cambio se exige de la sociedad que cure al "enfermo".

Sobre este trasfondo, ¿cómo encasillar los mandamientos de Dios, para los cuales el Legislador divino reclama vigencia mientras este universo exista? No se entiende qué validez podría tener para el tiempo actual un código que le fue dado a un Moisés hace miles de años. De ahí la solución cómoda: se aducen estos mandamientos cuando se puede respaldar con ellos la opinión personal, y en caso contrario, simplemente se los ignora.

Y con esto hemos vuelto a lo que es la verdadera piedra de escándalo: jamás el hombre secular estuvo dispuesto a admitir cuál es en realidad su posición frente a Dios. Puesto que no puede comprender ni entender al Eterno, se las toma con los que hablan en Su nombre: ellos son ahora los

poseídos por la ambición del poder, los que reprimen el libre desarrollo del individuo, etc. El requerimiento de que las iglesias deberán estar más abiertas al *aggiornamento* tiene como meta el reconocimiento del hombre como la autoridad real también en el área de la fe y de la religión.

III

Para poder entender qué es -en concreto- la iglesia, no habrá otra forma que recurrir a lo que la Biblia enseña al respecto. Sea que se estudie el libro de los Hechos de los Apóstoles en que se describe el desarrollo de la iglesia a partir del día de Pentecostés, o que se analicen los pasajes pertinentes en los Evangelios y en las cartas apostólicas: siempre se hace evidente que la pregunta moderna respecto de la disposición de la iglesia para "ponerse al día" está mal planteada. El factor decisivo es la relación del cristiano con su Dios; a partir de ahí queda determinada también su relación para con el mundo en que vive. Los problemas del día -si las iglesias pueden mantener algún grado de significación en la vida pública, si se las escucha, si se las respeta, o desprecia, o persigue- carecen de relevancia. La iglesia vive de la

conciencia de haber sido aceptada por Dios el Omnipotente. Confía en el Señor por el cual se sabe redimida, y empeña todas sus fuerzas en cumplir Su voluntad. Habiendo recibido la salvación como regalo, los creyentes desean demostrar su gratitud adoptando los mandamientos divinos como regla clara para su conducta. Y por cuando la reconciliación entre Dios y la humanidad es obra exclusiva del sacrificio expiatorio de Cristo, su iglesia busca llevar a cabo el encargo misional del Cristo resucitado y ensalzado. Es consciente de que su aporte no es más que accesorio; el que efectúa la conversión y la incorporación a la comunidad de los fieles es el Espíritu Santo y nadie más (comp. 1 Co. 12:3). Por ser esto así, las posiciones de influencia en la escena política, o la significación para la opinión pública, poco o nada tienen que ver. Ante todo y sobre todo importa permanecer unido al Dios eterno en viva fe.

Todo lo que la iglesia tiene en si o ha llegado a ser en el orden institucional, parte de esta estructura básica y está ligado a la misma en forma irrenunciable, en tanto que la iglesia quiera seguir siendo iglesia de Jesucristo. A este respecto, la solicitud de que la iglesia se ponga a tono con la autoconcepción y las pautas morales, etc. de la sociedad en que se halla inmersa, es una solicitud desacertada. Su Señor es Dios; de

él sólo parten las directivas por las que ha de guiarse; y esas directivas están contenidas en Su palabra, palabra de la cual Cristo mismo dice: "Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 24:35; Lc. 21:33).

La misión cristiana va dirigida a los pueblos. Estos viven en condiciones sociales, culturales y económicas claramente definidas. Si el mensaje ha de alcanzarlos, el requisito previo es que quienes se lo quieren hacer llegar, lo hagan en el idioma respectivo y tomando en cuenta las específicas condiciones de vida imperantes. Este proceso misional de integración (comp. 1 Co. 9:18 y sgtes.) en ninguna parte consiste en el intento de acomodar el contenido del mensaje fijado por Cristo a las particularidades del destinatario, sino que tiene por objeto transmitir la inalterable voluntad de Dios expresada en la ley y el evangelio en términos tales que el destinatario pueda captarla. Si alguien quiere designar esto como "disposición de la iglesia al aggiornamento", allá él; sólo que tenga muy en claro que hay una diferencia fundamental entre la actitud de Pablo descrita en 1 Co. 9 y lo que implican los reclamos de hoy día, a saber: la adaptación del contenido del mensaje cristiano a la autoconcepción del hombre moderno.

Que la iglesia como comunidad de los creyentes tenga

también un componente institucional, obedece al deseo de su Fundador: esa "institucionalidad" se da con los medios de gracia establecidos por Cristo: palabra/absolución, bautismo, santa cena, así como el ministerio del púlpito, también una institución de Cristo. Mientras la organización, la constitución y los reglamentos estén claramente subordinados a la esencia y la función de la "*communio sanctorum*", la armonía queda a salvo; pero se rompe ni bien se dé el predominio a la parte institucional. Entonces, el hombre se erige en el virtual juez y señor y comienza a modelar el mensaje según su propio criterio. Por más que se afirme lo contrario, en tal caso, el evangelio que debiera ser el factor que imprime su sello a la iglesia pasará a un plano secundario, y su lugar lo ocupará, en medida cada vez más amplia, un legalismo que no quedará limitado a las constituciones. A este respecto, la institución 'iglesia' tendrá que autoexaminarse siempre de nuevo a base de la palabra y voluntad de Dios si no quiere correr el riesgo de perder el carácter de Una Santa Iglesia Cristiana.

Un ejemplo ilustrará de qué se trata. El así llamado "pedido público de disculpa" (*öffentliche Abbitte*, en alemán) nació del deseo de feligreses incursos en faltas graves, de confesar su culpa también delante de sus hermanos y hermanas a quienes se había

causado ofensa, y de solicitar su perdón. De lo que en un principio había sido un deseo espontáneo, se hizo luego una obligación. Y al final, la iglesia convirtió la disposición a pedir disculpas en condición para recibir el perdón. De este modo, lo que había comenzado como un deseo surgido de la fe evangélica, terminó por ser un requisito legalista, que poco a poco fue interpretado como una prueba del injustificado autoritarismo del clero. Con la creciente influencia que la secularización iba ganando también sobre el pueblo de la iglesia, el "pedido público de disculpa" cayó en desuso ya que eran cada vez menos los que estaban dispuestos a someterse a ese requerimiento, y a la postre se eliminó del todo tanto la confesión de la culpa como el ofrecimiento del perdón para transgresiones manifiestas. Todo este proceso parecía corroborar la opinión de que la iglesia, ávida de poder, ejercía presión sobre sus miembros, pero se avenía a dar pasos atrás si se veía confrontada con una intensa presión en contra. Y de ahí provino, entonces, la idea de que se podían arrancar más y más concesiones a la iglesia con sólo amenazarla con la energía suficiente -con lo que se pasa totalmente por alto el hecho de que el que depende del perdón de sus pecados no es Dios sino el pecador. Y la iglesia por su parte, como institución interpretó en forma equivocada una exteriorización de

la fe evangélica al encerrarla dentro de las estructuras de un reglamento eclesiástico.

Con lo que acaba de decirse no queremos desacreditar las instituciones y ordenanzas de la iglesia. En muchos casos, resultan útiles y necesarias. Pero no se les debe conferir carácter de absolutas, como pertenecientes al ámbito de la ley, no poseen la capacidad de "conservar" la vida espiritual; en cambio, si degeneran en reglamentaciones de índole puramente mecánica, pueden obstaculizar la vida cristiana, y hasta sofocarla. Volvemos a subrayar: en su verdadera esencia, la iglesia de Jesucristo es una dimensión espiritual que vive del evangelio; su componente institucional con todas sus leyes, constituciones y reglamentaciones tiene sólo una función accesoria, y nada más que esto.

Desde hace años, las iglesias en los países tradicionalmente "cristianos" se ven invadidas por una verdadera ola de desafiliaciones. No se puede negar que unos cuantos de los que cortan su relación con la iglesia lo hacen porque se sienten decepcionados al darse cuenta de que tanto el

mensaje de su denominación como su práctica ya no coinciden con los principios bíblicos. Pero la mayoría de los que manifiestan su deseo de cancelar su afiliación a la iglesia simplemente ratifican en lo exterior lo que ya hace mucho tiempo era una realidad en su interior, o sea: el hecho de que ya no tienen conexión con la fe cristiana. Esto no se puede remediar con adaptarse a la autoconceptuación del hombre y a las normas éticas del momento. Es muy difícil que de una puesta al día de esta índole, la iglesia institucional obtenga alguna ganancia; pero además, se apartará así de la "communio sanctorum" que es lo más importante y cuya edificación y extensión es la tarea que Dios ha encomendado a su iglesia en este tiempo presente y en todos los tiempos. Por lo tanto, a la pregunta acerca de la capacidad o necesidad de la iglesia de adaptarse, en el sentido aquí descrito, debe responderse con un decidido NO.

Esta determinación de ninguna manera paraliza a la iglesia. Muy al contrario, sólo el reconocimiento de su verdadera dependencia -no de la sociedad, sino de Jesucristo y de Su obra- la hace capaz de cumplir plenamente con su cometido.

Tomado de
EVANGELIUM III/1989.

RT